

Eugenio González R.

## JUNTO AL OCEANO

**L**LOVIA continuamente desde la madrugada. El agua se deslizaba en mil pequeñas vertientes por las laderas de los cerros, destruyendo los senderos hechos por los encargados de traer la leña al campamento. Y, cosa extraña en la región, no soplaba la fuerte brisa de siempre: el mar estaba en calma, como adormilado bajo el aguacero denso que obstruía la visión del horizonte. A una milla escasa de la costa, la mirada se estrellaba contra inmóviles cendales de niebla.

Los trabajos habituales habían quedado suspensos y los confinados fumaban botados en los camastros o jugaban a las cartas en los rincones. Algunos leían novelas desencuadernadas, revistas viejas, diarios de fechas lejanas. Otros conversaban con desgano, como si un sopor de cansancio fuera sujetando las inútiles palabras que se cambian para ahuyentar el temor de la soledad y la nostalgia. Una pesada tristeza envolvía aquella isla perdida en las soledades del Pacífico: sueño, hastío, pesadumbre.

—¡Qué lluvia más endiablada! Nos vamos a morir de aburrimiento—murmuró el Lengua, arrojándose en un pedazo de manta.

—Este invierno va a ser duro, hermanito. Y todavía faltan dos meses para que venga barco....

Quiquirihuevo dió una larga chupada a su cigarro, pensativo. Tenía, más intensa que otros tal vez, la obsesión del retorno y, como era hombre de fe sólida, todos sus instintos de primitivo se dirigían a la liberación que tardaba, pero que llegaría, inevitablemente, un día cualquiera, como la muerte.

Sentado en su camastro, Ortiz, llamado el Tuerto, dijo con sorna:

—Este Quiquirihuevo se lleva pensando en leseras. ¿Qué más da que venga o no venga barco? No nos va a llevar. De eso podemos estar seguros. Aquí nos trajeron, niños, y aquí estiraremos la pata. Hay que dejarse de patillas y poner el cuero duro.

Se rió con una risa falsa que cercó de arrugas menudas su único ojo rojizo y dejó al descubierto sus encías hinchadas y sus dientes amarillentos roídos de caries negras. Quiquirihuevo y el Lengua lo miraron con ánimo de responder algo; pero él, eludiendo una posible conversación, se tendió de espaldas, juntó los párpados y se puso a silbar una música de ritmo quebrado y rápido que parecía una cueca. Y tenía un aspecto melancólicamente grotesco: con su barba castaña partida al medio y las manos cruzadas, con beatitud, sobre el pecho, parecía una caricatura de Nazareno, un Cristo picante, como le decían sus compañeros.

Dominando el repiqueteo de la lluvia, se escuchaba, a lo lejos, el estruendo de la resaca y, más cerca, el rumor del torrente que venía desde el corazón de la isla. Imperceptibles, se iban las horas lentas, iguales, muy lentas. El cielo plomizo, cubierto de nubes negruzcas y desgarradas como harapos, era tan bajo que llegaba casi a los techos de las habitaciones, como una especie de humo. Era un cielo pesado, abrumador, que aplastaba con su gris inmensidad inexorable al caserío que se acurrucaba, soñoliento, en la boca de la quebrada.

La puerta de la cuadra se abrió con estrépito y una racha fría azotó a los hombres agrupados en los corrillos. Iriarte el lobero y el Chinito entraron dejando tras de sí una huella de agua. Venían empapados, chorreando.

—¿Ud. por aquí, maestro Iriarte?—dijeron varias voces con sorpresa jovial—. ¿Cómo se fué a venir con este tiempo?

—Es que se nos acabaron los víveres—contestó Iriarte, mientras se despojaba de su manta mojada.

—Y ¿cómo le fué, maestro?

—Así, así. Más bien mal que bien. Pillamos dos lobitos. Ahí le traigo los cueros de regalo a mi teniente.

—No se los des al teniente, guacho; no seas mal amigo—interrumpió el Tuerto Ortiz—. Fondéalos por ahí y se los regalas a Quiquirihuevo cuando se lo lleven al Continente.

Todos rieron la burla del Tuerto el que volvió a cerrar el ojo sin interesarse por la relación que empezaba a hacer Iriarte de su permanencia en la Lobería, una ensenada situada a tres leguas de la población, donde abundaban los lobos marinos. Iriarte era un excelente cazador; dedicaba semanas enteras a la persecución de los codiciados animales y siempre tenía éxito porque poseía las cualidades indispensables: astucia y seguridad, paciencia en la acechanza, rapidez en el golpe. Y amaba, además, la soledad de la Lobería, el hervor de las mareas entre los arrecifes, los inmensos crepúsculos, con un amor extraño en él, hombre del suburbio.

Iriarte y el Chinito salieron en dirección a las casas de la Tenencia, conduciendo de reata a Pancho, el burro que les servía para llevar las provisiones y traer los cueros. Viéndolo alejarse bajo la lluvia, Quiquirihuevo recordaba noches alegres pasadas en una especie de cabaret de la calle Maipú, cuyo dueño era Iriarte. En él había conocido a la Glafira, una hembra de recio cuerpo moreno y ojos negros, provocativos. Era, por aquel tiempo, querida del Tuerto; pero al caer éste preso a causa de un robo de géneros, la Glafira había aceptado sus requerimientos y se había ido a vivir en su compañía. A él le iba bien; todos los días volvía con plata y con regalos. Para mayor tranquilidad y alegría, al Tuerto lo mandaron con un grupo de «escaperos» a la isla de Más Afuera.

—¡Pobre Tuerto!—solía decir, compungida, la Glafira—. ¡Cómo estará penando por allá...!

Pensando en el amigo en desgracia, Quiquirihuevo se ponía mustio; pero estas ráfagas de remembranza eran muy fugaces; la vida tenía para ellos un perpetuo aire de fiesta: la pasaban entre besos, comilonas, paseos y remoliendas. ¡Eso sí que era vivir! En cambio ahora... Quiquirihuevo cerraba los ojos para atrapar los hermosos recuerdos y le parecía ver muy cerca de su cara las pupilas quemantes de Glafira y la risa ancha y blanca de su boca jugosa. Inextricables deseos se cruzaban en torbellino de fuego sobre la imagen de los placeres perdidos. Junto a la ventana, asaltada ya por la noche, el hombre sentía estremecerse sus entrañas en una crispación desesperada.

Glafira, la buena vida, el amor, todo estaba lejos, a más de quinientas millas hacia el Este. Una mañana, en pleno centro de la ciudad, lo habían detenido por sospechoso y, después de diez días de permanencia en la «pesca», lo habían enviado a la isla «con lo encapillado», sin despedirse de su amante, en compañía de un numeroso grupo de vagos y delincuentes. Fué una ruptura brusca, inesperada con los hechos habituales. Quedó

anonadado. Sus recuerdos se confundían en este punto, formando una abstrusa maraña de episodios inconexos, de panoramas entrevistos como en sueño, de rostros y voces extrañas: la salida en un tren cerrado, atados unos con otros, una visión de puerto en madrugada neblinosa; luego, la bodega mal oliente de un barco, caras lívidas a la luz de faroles mortecinos, ruido incesante de máquinas y de hélices entre gemidos de tormenta.

El primero que viera, al saltar del bote sobre la roca que, en la isla servía de desembarcadero, había sido el Tuerto.

—¡Al fin llegaste! De primera lo vas a pasar un poco mal; pero uno se acostumbra a todo—le había dicho, guiándolo amistosamente hacia la cuadra—. Por lo demás, aquí tienes a tu amigo para lo que se te ofrezca.

Sin embargo, en los días que siguieron su conducta varió mucho, se hizo ambigua, tornadiza, desconcertante. La benevolencia amistosa del comienzo no se alteraba; pero, donde podía hacerle algún daño, se lo hacía, a veces por intermedio de terceros. Quiquirihuevo había aprendido en su juventud el oficio de peluquero y a él se dedicó, utilizando unas herramientas que encontró entre los confinados, quienes le daban por sus servicios víveres, cigarrillos y hasta ropa. El Tuerto le robaba cuanto podía. Cuando se lo echó en cara, le respondió con calma cínica:

—¿Y no somos amigos, casi hermanos, pues, guacho?

Y se reía con esa risa suya que dejaba al descubierto sus dientes amarillos, roídos de caries negras y ponía un cerco de arrugas en torno de su único ojo rojizo. Por otra parte, seguía tejiendo una red oscura y densa de antipatías y suspicacias entre la cual el alma de Quiquirihuevo se debatía vanamente, sintiendo que aumentaba la tortura de su soledad.

Cierto día, el teniente le ordenó lavar unos cueros de ovejas y el Tuerto al verlo trabajar con el agua hasta las rodillas en el lecho pedregoso de la quebrada, sentóse en una roca y comenzó a acribillararlo con pullas insidiosas.

—Lave, comadre, que si no el patrón la va a retar—decíale sarcástico—. Apúrese para que tenga contento a su jefe. ¡Quién iba a pensar que le gustaba tanto a esta preciosura el caldo de patas...!

Llamaba a los que acertaban a pasar para asociarlos a sus comentarios burlescos. No pudo Quiquirihuevo soportar las ofensas y, dejando su trabajo abandonado, se encaminó hacia él con aire avieso. El Tuerto ni se inmutó siquiera; lo miró acercarse sin moverse de la roca en que estaba sentado y luego, como si no comprendiera la actitud de Quiquirihuevo, fué a su

encuentro, y lo tomó por los hombros, diciéndole con despreocupada jovialidad:

—Mira, te convido a cazar cabros esta tarde. Iremos con el Garrapata.

Quiquirihuevo se quedó sin saber qué responder. Las injurias y recriminaciones que, momentos antes, se agolpaban a su garganta, se diluyeron en un silencio de sorpresa. Pensaba decirle, de una vez por todas, que lo odiaba y que lo mataría como a un perro si continuaba hostilizándolo. Pero no se le ocurrió como empezar y se limitó a contestar, rascándose, embarazado, la nuca:

—Bueno, los acompaño.

Con las manos todavía puestas sobre sus hombros, el Tuerto lo contemplaba con fijeza sonriente. Parecía repentinamente abstraído en un pensamiento dichoso y era todo lo contrario: pensaba en la Glafira, en su amor traicionado. Mirando la boca caída y grasienta de Quiquirihuevo, se estremecía al pensar que los labios gruesos y húmedos que lo enloquecían habían estado fundidos con ella, acaso dulces y mordientes en la pasión. Una ira casi dolorosa sacudía sus entrañas, subía por sus nervios tensos, crispaba su ser entero en el deseo de estrangular al hombre que tenía al frente, de morderlo como una bestia.

—Nos juntamos después del almuerzo, entonces— dijo.

—Ya está—contestó Quiquirihuevo.

Y ambos se fueron a sus ocupaciones.

Desde aquel día, como si quisieran despistar sus más íntimas preocupaciones, el Tuerto y Quiquirihuevo se trataban como buenos amigos, se ayudaban en sus menudos quehaceres, salían juntos a las quebradas en busca de las esquivas manadas de cabros. Siempre hablaban de asuntos indiferentes, soslayando con discreción cuanto pudiera sugerir el pasado. No obstante, ambos sentían que un muro muy alto se alzaba entre sus sentimientos verdaderos y las palabras que pronunciaban y los gestos que hacían. A veces, pescando a la orilla del mar o descansando en la cima de una escarpada pendiente, los dos permanecían abstraídos:

—¿En qué piensas, Quiquirihuevo?

—En nada. ¿Y tú?

—En nada. . . .

Los dos pensaban en lo mismo; vivían obsesionados por iguales imágenes vulgares y enloquecedoras. Quiquirihuevo tenía el convencimiento de que la Glafira ya lo habría traicionado, así como con él había traicionado al Tuerto. Se la figuraba, tan apasionada como era en el placer, vibrando en brazos de otro,

llamándolo con esos diminutivos cariciosos que al pasar por su boca húmeda y roja parecían impregnarse de un aroma sensual, mareante. «¿Quién será, ahora? ¿Quién será?», se decía con insistencia enfermiza. Evocaba los rostros de los antiguos amigos y se los figuraba, uno en pos del otro, en los espasmos del amor con la Glafira. Esto le producía un sufrimiento reconcentrado que, a ratos, era casi un deleite maligno.

El alma turbia del Tuerto giraba, por su parte, en torno a las mismas preguntas sin respuesta que se formulaba desde que supo el desvío de Glafira. ¿Por qué lo habría dejado de querer? ¿No había sido bueno y generoso con ella? ¿No la amaba más que a su propia vida? ¿Y enredarse, para colmo con un infeliz como Quiquirihuevo! Odiaba a Quiquirihuevo con violencia taciturna, subterránea. Suponíalo en diversas situaciones con la que fué su amante, siempre ardiente, turbadora, provocativa. Y como si quisiera exprimir hasta lo indecible sus celos angustiosos, la imaginaba deshaciendo la pulpa quemante de sus labios en la boca grasienta y golosa de Quiquirihuevo. «Así era conmigo—pensaba—y así debió ser también con éste hijuna.» Hubiera querido echar atrás el tiempo, deshacer la realidad. Vivía amarrado a lo irremediable, al pasado.

Mientras tanto, los dos hombres andaban juntos, se ayudaban mutuamente en sus trabajos, eran amigos. . . . «La vida tiene complicaciones que no comprendo», se decía Quiquirihuevo, mirando hacia la pequeña explanada batida por la lluvia terca. Bultos andrajosos cruzaban de vez en cuando y se hundían en los vanos de las puertas. El cielo era una mancha de ceniza; el mar, un hervor de espumas turbias. Seguían jugando los hombres en los rincones, con gestos lentos, sin hablar, como desgastados. El Lengua fumaba sentado en la cama con un capote viejo de policía sobre las jibadas espaldas; el Felpa repasaba las hojas de un periódico pensando, al parecer, en otra cosa. Casi a su lado, dormitaba el Tuerto.

Lo contempló largamente Quiquirihuevo como queriendo penetrar en el misterio de su pensamiento: algo le decía que en el fondo de aquel espíritu hermano y enemigo vivía, grabada con fuego de pasión y de anhelo, la misma imagen enloquecedora de mujer que perduraba en el suyo y que parecidos ensueños melancólicos turbaban la vida solitaria de ambos. Entonces sentía por el Tuerto una cosa que no era desconfianza ni rencor. Le parecía que la vida cobraba un aspecto distinto. Sentíase como liberado de un fardo, más fuerte, liviano de corazón. Mas pronto recobraban su dominio los innominados pensamientos, los odios secretos que se escurren por los intersticios del alma como un agua fangosa. Y volvía a encontrarse pobre y solo. Solo. . . .

Fué al día siguiente cuando lo que ambos esperaban se presentó con la fuerza arrolladora de lo inevitable, de improviso. Misteriosos poderes habían empujado sus opacas existencias hacia aquel minuto culminante, alzado lo mismo que una roca en el camino, en la infinita sucesión monótona de los días y de las noches. La vida verdadera que nutría sus ávidas raíces en el humus de los ensueños indecibles y de las recónditas ansias, debía romper fatalmente en aquel instante preciso la corteza banal de la vida cotidiana hecha de palabras falaces, de acciones invariables. Ciegos los dos, iban a tientas al encuentro de su destino. Como todos los hombres. . . .

Amaneció puro, hermoso aquel día. Cuando menos se le esperaba, volvió el sol, risueño, suave, como de primavera. Se abrieron las nubes cenicientas al impulso de la luz dorada y propicia y, poco a poco, se alejaron hasta perderse en el horizonte del Sur. Un cielo hondo y azul se volcó en los abismos, ahora tranquilos, y los tornó, como él, hondos y azules. La sangre circulaba alegremente y la sonrisa fluía fácil. Como nunca contentos trabajaban los confinados; algunos canturreaban tonadas criollas. Después de todo, mientras la vida dura y brilla el dorado sol, la esperanza canta.

El Tuerto y Quiquirihuevo salieron temprano a cazar cabros, llevando provisiones para todo el día. Durante la mañana, vagaron sin hacer nada, gozando la belleza del día, la frescura del aire salino, la diafanidad del cielo sin nubes que se hundía, allá muy lejos, en el océano tranquilo, luminoso. No tenían para qué apresurarse. Iban de un lado para otro, seguidos por los perros, también, como sus amos, despreocupados y alegres. En torno suyo, la naturaleza despertaba, renacía. Las grandes hojas de los helechos, húmedas todavía por la lluvia nocturna, despedían reflejos plateados; el césped mezquino que cubría las empinadas laderas, relucía como si acabara de brotar; y hasta los hacinamientos de rocas volcánicas tenían un aspecto nuevo, menos desolado, bajo el matinal resplandor del sol.

Andando pasaron la mañana. Después del almuerzo durmieron una larga y plácida siesta a la sombra de una inmensa roca de las alturas. Sólo a media tarde comenzaron la caza. Persiguiendo una manada, se internaron en los cerros, por senderos apenas practicables, hasta que lograron acorralarla en un desfiladero sin salida. Eran seis animales y, entre ellos, un robusto macho cabrío de relucientes ancas redondas y luengas barbas que se enredaban, al correr, en las patas delanteras. Como de costumbre, los perros se situaron en círculo ruidoso

frente al grupo atemorizado que hacía inútiles esfuerzos para trepar por las paredes roqueñas, cortadas a pico. No había escapatoria posible para los selváticos animales cuyas pupilas expresaban un terror sombrío. Los hombres, con los lazos listos, contemplaban la escena, prontos a intervenir.

De repente, un perrazo gris, llamado Pantera por su crueldad con los vencidos, se lanzó contra el macho cabrío furiosamente y le hundió los colmillos en el cuello. Rodaron los dos fogosos animales en una desesperada lucha hasta que en un descuido del perro el macho cabrío le clavó los cuernos en el vientre, vaciándole las entrañas. Los perros y los hombres se lanzaron, entonces, con rabia y sed de matar sobre la manada. Ladridos y gritos humanos se mezclaban a los quejidos de los cabros moribundos que, apenas heridos, eran hábilmente descuerados por los hombres. En pocos momentos, sólo quedaron unos cuantos montones de carne, aún palpitante, que los perros comían a dentelladas.

El sol se iba poniendo cuando Quiquirihuevo y el Tuerto emprendieron el regreso al campamento. Iban inquietos, nerviosos; el olor y la vista de la sangre los habían conturbado, sugiriéndoles propósitos desconcertantes. Evitaban mirarse temerosos de que sus pensamientos se revelaran. Así anduvieron sin decirse nada hasta que se detuvieron en un ensanche del ríscoso sendero. A sus pies se abría una tenebrosa hondura y el murmullo del torrente que corría abajo, subía ronco e impresionante. Sobre sus cabezas el infinito se teñía de crepúsculo y de él descendía una calma sobrecogedora, más impresionante aún que el llamado majestuoso, sombrío y angustiador del abismo.

Estaban solos. Nada existía en el mundo sino ellos, dos pobres hombres que se miraban, que se odiaban. Ahora, en una ráfaga de lucidez profunda, lo comprendían todo: lo que los unía y separaba estaba ahí, en sus corazones, en sus ojos. No se dijeron nada porque se comprendieron. Con los puños crispados, vibrantes del odio loco, largamente contenido, el Tuerto se lanzó sobre Quiquirihuevo y lo golpeó en la boca grasienta y golosa que había gustado los besos de Glafira. Lucharon, indiferentes a la muerte que los acechaba al borde del sendero. Se oyó jadeo de respiraciones, crujir de dientes. Transcurrió así un minuto, tal vez menos; los pies de Quiquirihuevo al apoyarse en una roca la desprendieron y los dos hombres rodaron al abismo sin dar un grito, rebotaron en un picacho y desaparecieron en la sombra del fondo.

Inclinados sobre el precipicio, los perros se pusieron a gemir



y sus gemidos, prolongados por el eco de las quebradas, se extendieron en largas vibraciones medrosas. Eran gemidos casi humanos que evocaban la angustia de ansias indecibles, el desaliento de la soledad, el horror de vivir, de amar, de morir. Palpitaban trémulos en la calma del silencio, se difundían en ondas lentas a través del desierto crepúsculo y se perdían, por fin, en la noche que avanzaba como una marea inmensa desde los confines remotos.